

NOTA 1.^a

Hay largo tiempo que el culto de María se anida en el seno del jesuitismo; y desde el siglo xvii la imaginación fermentada de un jesuita alemán hizo de ella la Venus del catolicismo.

«María, dice el reverendo padre Niremberg, es la obra, por excelencia, de Dios. El Creador, únicamente, la sobrepaja: toda la belleza del cielo, los ángeles, la luz, y el esplendor del sol no son, en relación con su belleza, sinó las escorias de un vil metal.

»Creada por Dios para ser el tipo más acabado, en prueba de su sabiduría y de su poder infinito, se extasía de placer en el culto que se la consagra. El que adora á María, adora las tres personas que se han asociado á su obra.

»La Trinidad tiene meditado, hay mucho tiempo, el designio de crear á María, el sér más perfecto; y la meditación de este plan la inunda de felicidad y de admiración. Las apariciones más perfectas de los tiempos del Antiguo testamento no eran sinó ensayos por los cuales Dios se formaba la mano, á fin de poder crear, algunos siglos más tarde, el sér más acabado.

»La belleza de su rostro era ya tan grande sobre la tierra, y tan incomparable, que Dionisio el arcopagista presentado á ella por el apóstol Juan, se creyó trasportado al cielo; y si la fe no le hubiese instruido de lo contrario, habría tomado á María por una divinidad.

»María no es la hija natural de Dios, sinó su hija adoptiva. La Trinidad ama á la Madre de Dios, no solamente porque el Padre Eterno la considera como su hija, el hijo como su madre, y el Espíritu Santo como su prometida, sinó porque todos ellos tienen en María un bien común á las tres personas divinas, para el paraíso, donde ellas se refrigeran y se divierten.

»El seno puro de María es la cámara en donde las tres personas de la divinidad se reúnen para deliberar sobre la elección de los hombres, y la distribución de los tesoros de la gracia divina. Jesús consulta á María de quien es deudor alcanzado, sobre la distribución de sus dones.

»El amor más puro ha decidido únicamente á María, á prestar al Creador del cielo y de la tierra una parte de su sangre y de su sér para la formación en su cuerpo, del cuerpo de Jesús; y al prestársela de una manera tan amable y tan abnegada, le ha dado su sangre, como santo martirio.

»Así; desde aquel momento, Jesús tiene concedida su gracia y su misericordia á todos los que se adhieren á María por un amor puro é inquebrantable: él sigue sus consejos, y puede decirse que María tiene la felicidad de aproximarse á Dios, y hasta de ser su igual en la repartición de sus gracias y de sus dones.»

Huber, t. 11, pág. 102.

De esta manera; para el padre jesuita, si la buena Virgen no es del todo una divinidad, es,

á lo menos, una divinidad auxiliar, esperando llegar á serlo titular, dos siglos más tarde; y en apoyo de su tesis, el reverendo padre cita el milagro siguiente:

«El emperador Sigismondo atravesaba un día, un campo de batalla, donde había sido muerto un soldado muchos años antes, cuando oyó una voz quejumbrosa. El emperador dió la orden de recorrer minuciosamente todos los mataderos y se encontró en una hondonada un cadáver en putrefacción. ¿No tenéis un sacerdote? dijo el cadáver; hay muchos años que fui soldado del ejército imperial, y caí aquí en medio del combate; pero por haber siempre servido á María, Dios me ha hecho la gracia de no permitir que se desprenda mi alma de este cadáver medio devorado, antes de que me haya confesado de todos mis pecados mortales; después de lo cual, moriré sin retardo, y entraré en la bienaventurada eternidad.»

Huber, t. 11, pág. 104.

¿Se quiere saber lo que era para el instituto de Loyola la bienaventurada eternidad? El reverendo padre va á decirnoslo con la aprobación de Pardo, provincial de la Castilla.

«Cada santo, dice él, tiene su casa en el cielo, y Jesús mismo posee un palacio magnífico; hay anchas calles, grandes plazas, sólidas casas rodeadas de muros. Los ángeles no tienen domicilio propio, y prefieren divertirse, posándose ya aquí, ya allá. Las calles están adornadas de césped y de alfombra; y primorosas

esculturas tienen grabadas, sobre las paredes, las noticias del mundo.

»Es de goce inefable abrazar los cuerpos de los bienaventurados. Se ha tenido cuidado de instalar baños agradables, en donde los bienaventurados (comprendidas las mujeres) se bañan reunidos, y nadan como peces, cantando también como las calandrias y los ruiseñores. Las mujeres cantan mejor que los hombres á fin de aumentar los placeres de estos últimos. Los ángeles revisten trajes de mujeres, y se aparecen, también á los bienaventurados con cabellos rizados, ropas abofelladas y los más ricos adornos: hombres y mujeres se entretienen en organizar mascaradas, banquetes y bailes. Las mujeres se despiertan á la vida eterna con largos cabellos, y se adornan para el cielo, como lo hacían en la tierra, con velos y peinados. En la vida bienaventurada, como en esta terrena, los esposos se abrazan, y acarician á sus hijos.»

Huber, t. 11, pág. 137 (1).

(1) Estas narraciones históricas comprobadas, ó son de un redomado tuno, ó de un loco.—N. del T.

NOTA 2.^a

Como podría acusárenos de tergiversar la opinión del abate Gerbet, obispo de Amiens, queremos reproducirlo á la letra.

«No se trata aquí de algunas referencias que sólo pueden interesar á la poesía cristiana. Ella aspira sin duda á hacer notar que la residencia de aquel á quien se dijo; «apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos» está rodeada de pastores y rebaños. Roma, que se conoce destinada á asistir á las catástrofes lúgubres de los últimos tiempos, reposa entre las apacibles imágenes de la vida patriarcal, y se parece bajo este concepto, á la Biblia que comienza por el Génesis y concluye por el Apocalipsis.

»Pero sea lo que fuese de estas proximidades íntimas y de muchas otras del mismo género, sólo deben fijarnos aquí consideraciones más importantes. «Yo creo que es moralmente útil que focos de población con todos los movimientos que ellos atraen, *sobre todo en nuestro siglo*, no deben multiplicarse á las puertas de Roma. Es indudable que ninguna capital tiene, en sus alrededores, mayores elementos para la meditación, para la oración, para los pensamientos graves y solemnes; y es muy importante que Roma se distinga bajo este concepto, también, de las capitales mundanas.

»Este recinto en reposo que tiene la majestad del desierto, sin ostentar su aparato, y en el cual

casi no se encuentran sinó rebaños, águilas, y tumbas; *este Cementerio* melancólico y desnudo de las agitaciones y de las pompas de la antigua Roma; esta soledad de praderas (tal es la palabra, y podía decir más bien de espinas) que interceptando los ruidos del mundo en rededor de la ciudad santa, envuelve en místico arrobamiento de silencio y de paz á ese gran claustro de la cristiandad, son ansiados por todos los que vienen á residir en Roma, con el deseo y el buen gusto de poner sus pensamientos, sus sentimientos y su género de vida en relación con el carácter de una ciudad, que es, eminentemente, la ciudad del alma.

»Ellos lamentarían que la campiña de Roma llegase á sufrir trasformación que concluyese, después de un espacio, más ó menos largo, por convertirla en una ascua de manufacturas; lo que tiene que suceder según la tendencia de la civilización moderna en su parte material, á los alrededores de una capital, en que los trabajos de agricultura entretienen hoy, una población numerosa y siempre creciente.

»No es posible raciocinar acerca de Roma, como de cualquiera otra ciudad; porque sus conveniencias son de un orden muy diverso. La ciudad teológica tiene necesidad, como un monasterio, de encerrarse en un recinto apacible: la villa hospitalaria que se complace en ofrecer á todos los grandes infortunios, tanto del corazón como del trono, un retiro lleno de majestad y de ternura; el augusto centro de las ruínas que no tiene, solamente, museos, sinó que, por sí mismo, es un museo gigantesco, se hallaría muy poco satisfecha, y muy vulgar-

mente situada en la atmósfera fumosa y bulli-
ciosa de Birmingham ó de Manchester.»

Roma Chretienne, tomo 1.º, pag. 10.

Allí está todo entero el catolicismo. La pe-
reza, la esterilidad, la miseria, la muerte; tal es
su sueño. El obispo Gervet no hubiera hablado
con más elocuencia y acierto, si hubiese querido
justificar la supresión del poder temporal del
papado.

NOTA 3.^a

Montelambert procuró ensayar la conciliación
de la Iglesia y de la libertad. El papa lanzó
contra él la jauría de la *Civiltá cattolica*. El
tribuno arrancó desde el fondo de su lecho de
agonía, este rugido de león moribundo.

«Los jesuitas de Roma toman á empeño cada
día, por defender la Iglesia y la Santa Sede, ul-
trajar á la razón, á la justicia y al honor. Yo no
puedo ni quiero callarme acerca de los monstruo-
sos artículos de la *Civiltá cattolica*, publicados
en este mismo año de 1886 contra la libertad en
general; y precisamente contra los liberales ca-
tólicos que han tenido la sencillez, como yo, de
hacer valer y triunfar en la tribuna parlamen-
taria el derecho público de los jesuitas en nom-
bre de la libertad.

»Según los padres de la *Civiltá cattolica*, la

Iglesia no puede coexistir con ninguna libertad
moderna. Mr. Renán es, entre los publicistas
contemporáneos, quien, siempre según ellos,
ha sido el primero en comprender mejor la
verdad, cuando ha proclamado, desde 1848,
que la Iglesia no ha sido, jamás, tolerante ni
menos podrá serlo, y que un católico liberal, ó
un liberal católico no podía ser sinó un hipó-
crita ó un tonto. Nosotros que en este mismo
año, 1848 y 1849, reclamamos y obtuvimos el
derecho de enseñar á favor de los jesuitas con
igualdad á todos los demás franceses, en nombre
de la libertad y de la tolerancia, no obraríamos
de *buena fe*, porque ningún católico liberal
puede tenerla, tal vez; pero si somos hoy el
justo objeto de irrisión tanto de los católicos
que no son liberales, como de los liberales que
no son católicos.

»Para servir bien á la causa católica en la se-
gunda mitad del siglo XIX no hay otro medio
que exponer, á los ojos de la Europa, todas las
teorías y todos los ejemplos de persecución que
se pueden descubrir de la Edad Media, y justi-
ficarlos, colocándolos bajo el rótulo de un papa
ó de un santo. En cuanto á España, por ejem-
plo, puede recordarse cierta instrucción reser-
vada de San Pío V al nuncio acreditado cerca
de Felipe II, deplorando la molición de este rey
en la persecución de los herejes, é insistiendo
sobre la necesidad de infligirles castigos tempo-
rales.»

»En tesis general, es preciso declarar sin
ambages y muy alto, que no hay libertad mo-
derna que no sea intrínsecamente una cosa
desordenada, perniciosa, «mortal en sus efec-

tos;» y nó la libertad absoluta é ilimitada, sinó cualquiera libertad apostrofada como una peste ó una plaga espiritual; mucho más funesta que la corporal; y todo esto sazonado con citas, definiciones, y disertaciones teológicas, que se han reasumido en buen lenguaje como sigue:

»No hay libertad sana; toda libertad es una enfermedad: no hay libertad inteligente; toda libertad es un delirio. No hay una buena y una mala libertad de la prensa; porque toda libertad, siempre que sea de la prensa, es por sí sola, esencialmente mala. No hay buena ni mala libertad de conciencia, porque si es libertad de conciencia, lleva en sí propia su condenación. No existe buena ó mala libertad de cultos, porque esta libertad debe ser reprobada de una manera absoluta, y así, por consiguiente, en cuanto á todas las libertades, franquicias, y emancipaciones con que se gloria la sociedad moderna.

»Sobre todo lo cual, yo hago observar, que cuando mis contemporáneos y yo hemos abogado durante veinte años en la Cámara de los pares, en la de los diputados y en la Asamblea nacional en favor de la Iglesia y especialmente de los jesuitas, por la libertad de enseñanza y de asociación, ha sido unicamente en nombre y con apoyo de reglamentos y constituciones modernas, en nombre de la libertad moderna, de la libertad de conciencia, y por medio de la imprenta libre y de la tribuna.

»Nosotros nos equivocamos entonces, como está acreditado; y en buena teología, sólo monsieur Renán con sus compañeros tuvieron razón al sostener que el catolicismo, y sobre todo los

jesuitas eran absolutamente incompatibles con la libertad! ¿Por qué no nos lo dijeron *entonces*? Era, sí, *entonces* y no ahora, cuando debían enseñarnos que la libertad es una peste en lugar de aprovecharse de ella gracias á nosotros, para venir, veinte años después, á insultarla y á renegarla, al mismo tiempo que á nosotros.

»He pasado hace muchos años de la edad de los desengaños y de las emociones apasionadas, pero confieso que al dar lectura á esas *palinodias insolentes* he sentido rubor hasta en el blanco de los ojos, y me he estremecido hasta la punta de las uñas. Ya no soy bastante niño para quejarme de la ingratitud de los hombres en general y de los jesuitas en particular; pero quiero decir muy alto, que ese apóstrofe de faquín y de pedagogo aplicado á antiguos defensores que no han muerto por completo, y á inveteradas luchas que mañana pueden renovarse, no se adapta ni á religiosos ni á hombres honrados. Esto puede tal vez resentirse de ortodoxia, yo no soy juez en asuntos de teología, pero creo serlo en puntos de honor y de honestidad, y afirmo que es completamente indigno.

»Y, más que todo, es torpe; pero esa misma torpeza es precisamente lo que los excusa y los salva. Ellos saben sin duda lo que dicen, pero no saben, con toda seguridad, lo que hacen. Si tuviesen una sombra de previsión, no digo de esa política profunda y premeditada que les atribuye el vulgo, sinó de ese buen sentido que sabe simplemente abrir los ojos sobre lo que pasa en un mundo donde, después de todo, se tiene mucho que vivir y prosperar, serían los

últimos en profesar tales doctrinas, y en creerse de tales antecedentes. Lo pasado, un pasado tan inmediato á nuestra época, hubiera podido y debido esclarecerlos aguardando las lecciones y sobre todo las necesidades del porvenir.

»Si un solo jesuita, por poco acreditado que estuviese en Roma, se hubiese expresado de 1848 á 1850 como la *Civiltá* de nuestros días, puede afirmarse con toda seguridad que ni un solo colegio de jesuitas se hubiera abierto en Francia; y además, que ni un soldado francés hubiera marchado á restablecer el poder temporal del papa.

»Es preciso convenir en que ellos han inventado una manera singular de servir á la religión y de hacerla aceptar, comprender y amar por el mundo moderno. Diríase que ellos tratan á la Iglesia como á una de esas bestias feroces que se exhiben en las casas de fieras. Miradla bien, parece que dicen, y comprended lo que ella quiere, lo que es el fondo de su naturaleza. Hoy está enjaulada, amansada y domada por la fuerza de las cosas; no puede haceros mal en la actualidad, pero tened presente que tiene garras y garfios, y si alguna vez se suelta, os los hará conocer.»

FIN.



